





LA  
NIÑA  
Y LA  
ROBOT

OZ RODRIGUEZ

CLARIBEL A. ORTEGA

TRADUCCIÓN DE MARCELO E. MAZZANTI



Duomo ediciones

Título original: *The Girl and the Robot*

© 2025, del texto, Oz Rodriguez

© 2025, de las ilustraciones de cubierta, Vanessa Morales

© 2025, de la traducción, Marcelo E. Mazzanti

Traducido gracias al acuerdo con The Foreign Office

Diseño: Phil Buchanan

Maquetación y adaptación de cubierta: Endoradisseny

ISBN: 979-13-87574-45-1

Depósito legal: B 16.712-2025

© de esta edición, 2026 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: febrero de 2026

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona 11, 3.º I.ª izq., 08010 Barcelona

[www.duomoedizioni.com](http://www.duomoedizioni.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

Impreso en Grafica Veneta S.p.A., Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*A Dalia y Ramona*

—O. R.

*A Ryan y Phil, por ayudarme a superar  
los momentos más difíciles*

—C. A. O.



# **HACE SEIS MESES**

La noche en que se llevaron a mi papi había luna llena. Habíamos estado trabajando toda la tarde en un dron. Lo encontramos en un contenedor. Al principio a mí me pareció pura chatarra, pero a él no: por mal que estuviera algo, siempre veía la parte buena.

—¿Seguro que vamos a poder arreglarlo? —le pregunté.

—Con un poco de corazón todo se arregla.

Cogió el dron y lo examinó detenidamente, y entonces me dedicó una de sus grandes sonrisas que podían iluminar el mundo entero. No dudé ni un segundo: mi papi era capaz de reparar cualquier cosa. Carraspeé, me apoyé en el otro pie y me preparé para preguntarle por la fiesta con la que llevaba soñando todo el mes. Él estaba de tan buen humor que era ahora o nunca.

—Jada va a celebrar su cumpleaños en Moonlight Rollerway. ¿Puedo ir?

—¿Es que tu prima ha elegido una noche de entre semana?

—Hum... sí, eso parece.

Solté una risita y me puse colorada. Había pensado hacer como si no me hubiese dado cuenta, pero, por supuesto, fue lo primero que él mencionó.

Yo tenía muchas ganas de que me dejara ir. Jada no era solo mi prima, sino también una de mis mejores amigas. Ella, Benny, Loz y yo éramos inseparables. Y no podía perderme ver a Loz con patines por primera vez; es tan torpe que seguro que sería para partirse de risa.

—Vale, pero primero haz todos los deberes. Y no vas a quedarte hasta tarde en la fiesta. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Aquella noche, papi estaba sentado en su escritorio, cerca de la ventana, y recuerdo que tenía a su lado una foto mía de pequeña. En la foto yo salía con melena rizada, mejillas rojas como manzanas y la sonrisa de la niña más feliz del mundo. «La foto me ayuda a trabajar», decía él.

Mi madre entró en el estudio, pálida como si acabase de ver un fantasma.

—José, están aquí.

Papi miró por la ventana y cerró los ojos solo un segundo. Se le fue todo el color de la cara. Después me miró y pasó del miedo a la calma. Se le daba muy bien hacerse el valiente ante mí, pero noté que pasaba algo.

—Muy bien. Ya trabajaremos más tarde en el dron, Mimi. Mientras, ¿puedes ayudar a tu madre con algo? —Asentí, confusa. Dejé el dron. Papi se acercó y me dio un abrazo. Fue el último—. Quédate con ella y, pase lo que pase, no hagas nada de ruido.

—¿Qué pasa? —le pregunté. Sentí que el miedo me trepaba por el cuerpo como un millón de bichos asquerosos.

—¿Me lo prometes?

Levantó un meñique. Lo enlacé con el mío.

—Te lo prometo.

Mis padres apartaron un trozo de la pared. Había un armario secreto que yo no había visto nunca. Era como algo salido de una peli, una especie de portal mágico... y en cierta forma resultó ser justo eso, porque, cuando más tarde volví a salir, mi vida había cambiado del todo. Aunque no por arte de magia, sino de la peor manera posible.

—¿Adónde va papi? ¿Qué pasa? —le repetí a mami dentro del escondite.

Ella se limitó a llevarse un dedo a los labios: «Silencio».

Se me revolviéron las tripas, como siempre que me asustaba. Me dieron ganas de vomitar. De poder, hubiese gritado, pero le había prometido a papi que no lo haría.

Fuera oí ruidos: fuertes llamadas a la puerta, voces como truenos. Papi contestó con voz queda:

—Sí, señor... Entiendo, señor... Por favor, señor...

Pero las otras voces siguieron gritando.

—¡Al suelo! ¡Las manos detrás de la cabeza!

A continuación, muchos ruidos que no distinguí. Sonaba como una pelea. Papi se enfrentaba a los de fuera. Mami me tapaba la boca con la mano para que no dijera nada. Unas luces rojas y azules bañaron el armario. Más ruidos de lucha.

—¿Quién hay ahí? —le pregunté a mami—. ¿Qué le están haciendo a papi?

—Por favor, Mimi.

Abrió mucho los ojos, como cuando veíamos juntas una peli de miedo.

No pude soportarlo más. Llevé la mano al pomo de la puerta, pero ella me impidió abrirla.

—¡Quiero salir! ¡Déjame salir!

Intenté zafarme para ayudar a papi, pero mami me agarró muy fuerte; tanto, que me hizo daño. Sentí como si estuviese hundiéndome, asfixiándome: las voces fuera, el calor en el armario, las lágrimas de mami contra mi piel. Por fin, después de lo que pareció una eternidad de tortura, de no poder respirar, de miedo a lo que estuviera pasando al otro lado de la pared, mami entreabrió el armario y salimos.

Pero ya era tarde. Todo fue a cámara lenta, hasta mi respirar pesado y la llamada de mamá desde otro lugar del estudio. Vi por la ventana a cinco hombres de uniforme oscuro y grandes botas que se llevaban agarrado a papi y lo metían en una furgoneta que esperaba. Lo miré a los ojos tanto tiempo como pude, tan fijamente como pude:

me daba miedo que si lo perdía de vista, aunque solo fuese un segundo, ya no volvería a verlo. A mi papi, tan bueno, tan amable, que siempre que podía ayudaba a todo el mundo, lo metieron a empujones en una gran furgó blanca sin ventanilla trasera.

Recuerdo que en ese momento se me pasaron por la cabeza las preguntas de si dentro de la furgó estaría oscuro y de si papi tendría miedo. Golpeé las manos contra el cristal, llorando y gritándoles que soltaran a mi papi, rogándoles, diciéndoles que era una buena persona. Mami intentó apartarme de la ventana, pero me negué a moverme. Y entonces, él, simplemente... desapareció. Me pregunté si, quizá por primera vez, papi sería incapaz de arreglar aquello.



Que algo esté roto no significa que las partes sean menos bonitas. Mimi se lo había oído decir una vez a alguien, seguramente a su madre, y era cierto.

La niña sabía arreglar cosas rotas: teléfonos, tabletas, radios... Era capaz de volver a montar casi todo. Estaba sentada dentro de su único armario, con la bombilla pelada agitándose sobre su cabeza, mientras cambiaba la pantalla de un móvil. Los únicos sonidos eran los suaves clics de sus herramientas al encajarlo todo en su lugar y los ronquidos de mamá al otro lado de la puerta. Pronto iba a despertarse, y ella tendría que parar de trabajar y prepararse para el cole.

Sonrió al volver a encender el aparato y verlo iluminarse de azul. Había quedado como nuevo. Se dio una palmadita

de felicitación y pasó a lo siguiente, no sin antes tachar «iPhone plateado, vecina 5B» de la lista de cosas a arreglar.

—¡Pero bueno, Mimi! ¿Qué haces ahí otra vez?

La voz de su madre la sobresaltó. Abrió la puerta del armario apenas una rendija, para que la luz repentina no le hiciese daño a la vista.

—Estoy trabajando, mami.

—¿Haciendo los deberes?

Alzó una ceja, como siempre hacía antes de que Mimi se metiera en un lío.

—Hum... Depende de lo que entiendas por «deberes».

—Mira, niña, no te hagas la lista conmigo. ¿Ya estás arreglando teléfonos de nuevo? ¿Cuántas veces tengo que decirte que no necesitas trabajar? De eso me encargo yo. —Y soltó uno de sus dichos—: «De mi niña un beso, de la vieja un consejo».

Siempre estaba con sus viejos refranes. La mitad de las veces, Mimi no acababa de entender su significado.

—Quiero ayudar. No puedo estar sin hacer nada.

Ramona abrió la puerta del armario. Estaba muy despeinada y tenía unas ojeras que parecían volverse más oscuras cada día. A Mimi se le cayó el alma al suelo. Su madre no siempre había tenido esa pinta, pero, por mucho que lo intentara, la niña no podía hacer que todo volviese a ser como antes. Ramona se puso en cuclillas, le puso un dedo bajo la barbilla y le levantó la cabeza para que los ojos de las dos quedaran a la misma altura.

—Me ayudaría que me hicieras caso. Que te vaya bien en el cole, y así todo esto —señaló la pequeña habitación a su espalda— no habrá sido en vano. ¿Vale?

Mimi asintió, pero la verdad es que no era capaz de dejar de trabajar arreglando cosas. Su madre apenas se ganaba la vida limpiando, y a ese paso nunca iban a recuperar a papi.

Ramona le atusó los rizos, se puso en pie y bostezó.

—Bueno, es hora de prepararnos. ¿Has oído si Paco ya se ha levantado?

—No. Creo que sigue durmiendo.

—Bien. Tengo que irme antes de que venga a llamar a la puerta.

Iban retrasadas en el pago del alquiler; unos tres meses, le parecía a Mimi. Por eso, mami salía cada día a escondidas por la escalera de incendios para ir a limpiar al centro de la ciudad, dejando a su hija para que le dijera al casero que había tenido que irse supertemprano. Al principio, hacerlo ponía nerviosa a Mimi, pero parecía que ya se estaba acostumbrando a mentir, y se le daba bien. Su madre salió al pasillo y fue en silencio al baño compartido a darse una ducha.

Mimi salió del armario y preparó su siguiente trabajo: un altavoz Bluetooth. Su mesa era la única parte ordenada de la habitación aparte de la cama. Todo el resto estaba lleno de cajas y más cajas llenas de cosas de su casa anterior, que era mucho más grande, con su propia sala de estar, cocina y, lo mejor, baño. Ya no recordaba cómo era no tener que esperar un millón de años para lavarse el pelo o hacer mangú con

queso frito. Ahora, todo lo que había cabido tan bien en la casa, incluidos los recuerdos, estaba embutido en aquella habitación mínima, que era lo único que podía permitirse su madre. Era demasiado pequeña, opresiva, pero no tenían nada más. Esa habitación en el apartamento 3B era su hogar, aunque no siempre lo pareciese.

Al menos su madre le había permitido colgar algunos de sus pósteres y colocar unas pocas figurillas. La colección de Gundam formaba un batallón en su mesa, y sobre el ordenador tenía un póster brillante en rojo y rosa de Kenichi, de *Metrópolis*, y otro de Winry, de *Fullmetal Alchemist*. Cuando se sentía desesperada, Mimi los contemplaba y se imaginaba a Winry trabajando a su lado, como antes su padre, José.

Si miraba por la ventana veía E-Pérez Repair, la vieja tienda de papi, el lugar donde todo cambió. Ahora las ventanas estaban cubiertas con tablones y la puerta principal tenía cadena y candado. Había sido un negocio exitoso. Ahora no había rastro de vida.

Mimi se puso a trabajar en el altavoz, pero no había forma de hacer que funcionara.

—Tiene que ser el amplificador, y para arreglarlo necesito otro componente... —murmuró.

—Tú sí que vas a necesitar nuevos componentes como te pille sin ponerte en marcha —dijo mami, que acababa de volver.

—Tengo tiempo. El cole solo está a dos manzanas.

Ramona le dirigió una mirada de «a mí no me repliques». Mimi suspiró.

—¡A la orden!

Dejó el altavoz y empezó la rutina de prepararse para salir: meter los deberes sin acabar en la mochila y elegir unos tejanos oscuros, zapatillas de plataforma y un jersey a rayas blancas y negras. Total, nadie iba a fijarse en su vestuario, más que nada porque ya no tenía amigos.

Después de lo que le pasó a su padre, ella se alejó de todos. Dejó de hablar con todos en el cole, y hasta evitó a Jada, Benny y Loz. ¿Para qué tener amigos si de repente un día podían venir y quitártelos?

A los pocos minutos, Ramona ya estaba lista, justo a tiempo de oír a Paco comenzar su jornada. Les llegó el olor del café y oyeron la sartén mientras él le hacía huevos revueltos a su familia. Como cada día. Y, también como siempre, Mimi sintió que le invadían los celos. Agitó la cabeza, como si eso fuese a hacer que se le pasaran. Que él aún tuviera familia y ella no, no era culpa de Paco. Su madre le dio un beso en la frente mientras ella le pasaba su bolso.

—Sé buena. No llegues tarde al cole. Hoy también voy a llegar más tarde de las diez, pero te he dejado dinero para la cena.

—Vale, 'cion, mami.

Aunque todo lo demás hubiera cambiado, aún podía contar con ese momento con su madre, cada vez que se despedían o volvían a verse.

Ramona le hizo a toda prisa el signo de la cruz en la frente, justo cuando Paco llamó suavemente a la puerta.

—Ah, y no te olvides la chaqueta —susurró—. Se supone que hoy va a hacer frío.

Mimi asintió y le indicó con un gesto que se diera prisa.

—¡Buenos días! Oigo voces. ¿Estáis levantadas? —dijo Paco.

Ramona abrió mucho los ojos y fue de puntillas hasta la ventana, cómicamente, como un personaje de dibujos animados. Mimi tuvo que taparse la boca para que no se escapara la risa, mientras mami salía por la ventana y bajaba hasta la calle. Esperó un momento a verla desaparecer por la esquina antes de abrir la puerta.

—Hola, Mimi.

El casero miró tras ella, sin duda en busca de la madre. «Demasiado tarde, tío», pensó.

—Me pareció que hablabas con alguien —insistió Paco.

—Estaba viendo anime en el móvil.

Se encogió de hombros y le dedicó su mejor sonrisa. Con doce años, aún tenía edad para librarse de los líos solo con simpatía. Y lo aprovechaba siempre que podía.

—Ah, vale. Bueno... hum... cuando tu madre vuelva, ¿podrás decirle que tengo que hablar con ella?

—Claro.

—Vaya, ¿qué tienes ahí? —Paco señaló el aparato en la mesa.

—Un altavoz.

—Recuerdo cuando había altavoces grandes como una casa. Una vez me invitaron a una fiesta en la que cantaban hip hop, y uno de esos trastos gigantes se cayó sobre mi pie. Tuvieron que llamar a un mecánico para que viniera con la grúa y...

—Vale, Paco, mola. Ya le diré eso a mamá, ¡adiós!

Le cerró la puerta en las narices tan suave como pudo. De ser por él se quedarían hablando hasta la medianoche. Pero ella no tenía tiempo: debía hacer cosas, sacarle dinero a la gente. No podía quedarse ahí hablando de altavoces viejos o lo que fuese.

—Que vaya bien en el cole —le deseó él desde el otro lado.

Mimi se sentó y volvió a probar con el aparato, aunque a los pocos minutos vio que iba a ser más complicado de lo que había creído. Se mordió el labio y buscó tutoriales, a ver qué estaba haciendo mal. Por fin decidió que sí, que necesitaba otro componente. Pero el altavoz iba a tener que esperar. En ese momento tenía otras diez cosas que hacer y a las que sacarles dinero.

Algún día iba a tener lo bastante como para arreglar lo que más deseaba. Una cosa rota hecha de partes muy bonitas. Su familia.



## 2

Para cuando Mimi salió del apartamento, el barrio estaba lleno de gente que iba al trabajo y a la escuela, y todos hablaban en voz alta y emocionada. Allí siempre había ruido, fuese la hora que fuese. Las abuelas ya estaban sentadas en los escalones de fuera de las casas, listas para pasar el día mirando a los vecinos, tomando café y contándose chismes. Los que se ofrecían a lavar coches en las calles ya tenían en marcha las mangueras de agua a presión. Los bares de las esquinas ya habían comenzado su guerra por ver quién ponía la música más alta de la manzana; una bachata se mezclaba con el potente bajo de una canción *dembow* que hacía temblar las ventanas. No había ni un momento de silencio, pero a ella le gustaba; la ayudaba a alejar los pensamientos tristes. Una vez se había quedado a dormir en

casa de una prima suya, en una zona residencial, y la falta de ruido no la dejó dormir. Sin ruido no paraba de pensar en aquel día, el peor de todos.

Sí, mucho mejor con ruido.

La brisa fresca de otoño le acarició las mejillas y los rizos mientras hacía volar y dar vueltas a las hojas de los árboles de la manzana. Sintió un escalofrío y se cerró la chaqueta de pana marrón con grandes bolsillos; se alegró de haberle hecho caso a su madre en al menos una cosa. Había sido de su padre, y delante tenía sus iniciales, J. P., por José Pérez.

Se cruzó con el dueño de un colmado que metía cajas de plátanos y naranjas con una carretilla. Había gente trajeada que iba a la estación del metro, y hombres de pelo engomado y con tatuajes abriendo sus cafeterías o paseando perros muy monos. De las barberías y peluquerías por las que pasaba salía música merengue a todo trapo mientras los empleados se preparaban para un día de lavar, cortar y perfilar.

—¡Eh, Mimi! —la llamó Ali, con su enorme mostacho canoso, desde dentro de uno de los bares. Estaba rodeado de productos de limpieza y repasaba las fotos de los sándwiches de desayuno.

—Hola, Ali, ¿qué tal? —le sonrió ella.

—¿Sabías que han quitado la última cabina telefónica del barrio?

Podía contar con que sus vecinos la informaran de todo: siempre comentaban las novedades, fueran del tema que fueran. La velocidad a la que viajaban las noticias por allí

podría ser la envidia de *The New York Times*. Si Mimi quería saber algo solo tenía que salir a la calle.

—Espero que la conviertan en un puesto de wifi gratis —contestó.

—Bah, ya sabes que nunca lo harían. Yo solo digo que si un coche te pisa un pie, mejor que lleves un móvil. ¿Ya está listo el altavoz?

—Va a tardar un par de días más, lo siento. Hay que cambiar una pieza. Pero no se preocupe, que va a sonar mejor que nunca.

—No importa. Con este ruido no podría escuchar música ni aunque quisiera. Que vaya bien en el cole, y sigue sacando buenas notas.

Mimi se despidió con la mano y siguió caminando, pero tuvo que detenerse en seco cuando oyó las risas de unos chicos que se acercaban. Las reconocería en cualquier parte: las carcajadas de Carlos «Loz» Diaz, los bufidos de Benny Morales y el zumbido del skate eléctrico de Jada Pérez.

Los ex mejores amigos de Mimi tenían su misma edad, y siempre estaban buscando formas de conseguir dinero. Aunque hacía mucho que no hablaban, ella comprendía su motivación. Hasta crearon algo llamado el *Money & Marketing Team*, idea de Benny, y que consistía en promocionar productos en ClipTok con bailes y anuncios de quince segundos. Tenían bastantes seguidores, y, al menos cuando eran amigos, para Benny y Loz eso era lo más importante del mundo.

Mimi se apresuró a esconderse detrás de un coche, pero seguro que la habían visto. No se veía capaz de hablar con ellos. Al principio, cuando se llevaron a su padre, no sabían qué decirle o qué hacer, y eso la hacía sentirse fatal. Y después empezaron a hacerle demasiadas preguntas: cómo llevaba la ausencia, cómo se las arreglaba en casa con su madre, cómo se sentía en el fondo. No eran cosas de las que ella quisiera hablar, la hacían sentirse avergonzada y sola. Nadie podía ayudarla, y hablar de sus sentimientos no iba a hacer que su padre volviese. Y no quería que nadie le tuviera lástima. Acabó resultándole más fácil estar sola.

¿Y qué si ya no se pasaba el día después de las clases con ellos, haciendo los deberes, hablando de anime y jugando con la consola? Eso era para niños que aún llevaban una vida normal. ¿Cómo iba ella a perder el tiempo con eso, si podía estar intentando reunir dinero para recuperar a su padre?

Los tres chicos se acercaban. Sintió pánico y se encogió cuanto pudo. Quizá no la hubieran visto a fin de cuentas, y si se quedaba muy quieta pasarían de largo y ella podría volver al trabajo.

—¿De quién te escondes? —exclamó Jada.

Mimi cerró los ojos. ¡Maldición! Su prima siempre intuía cuándo tramaba algo. Se levantó poco a poco y se forzó en sonreír.

—De nadie. Me estaba atando el zapato. Bueno, tengo que irme al cole, nos vemos más tarde.

Se dio la vuelta y empezó a cruzar la calle a toda prisa.

—¿Por qué se larga? —se preguntó Loz, en voz muy alta—. Sabe que vamos al mismo cole, ¿no?

—¡Eh, que tenemos que contarte una cosa! —gritó Benny mientras ella seguía al galope—. ¡Vale, ya veo que no te interesa el dinero!

Mimi ya estaba demasiado lejos como para contestarle.



En los pasillos del cole había más alboroto de lo habitual, a saber por qué. Los mayores entraban en clase parlotando excitados; hasta los profes parecían más animados. ¿Qué pasaba?

Bajó la cabeza y pasó por entre los alumnos como si llevase una capa de invisibilidad. Un par de meses atrás la habrían seguido murmullos y frases en voz baja. La noticia sobre lo de su padre había circulado rápido, para variar, y todo el mundo se creía con derecho a dar su opinión. Ella no quería oír nada de eso, así que se acostumbró a pasar mirando al suelo, hacer lo posible por mantener las apariencias en el cole y concentrarse en sus trabajos de reparación, evitando toda conversación o relación innecesaria. Su lema se convirtió en «Adonde Mimi va, va sola».

Las primeras dos clases pasaron sin incidentes. Pero en informática, su preferida, sintió que la miraban. Se volvió: eran Jada, Benny y Loz.

—¡Tenemos que hablar contigo! —le dijo Jada.

—No sabía ni que vinierais a esta clase —replicó Mimi.

—¡*Chissst!* —les hizo la señora Wright, la profe.

Benny dibujó en el aire el signo del dólar, pero Mimi lo ignoró y escuchó a su profesora favorita.

—Tengo un anuncio emocionante que haceros: la escuela ha sido aceptada, gracias a un correo convincente escrito por mí, para participar en el Premio de Robótica Asimov. —Miró a toda la clase—. Es una nueva iniciativa de las mejores mentes en ingeniería robótica para encontrar a la nueva generación de profesionales.

Sonaba bien, pero Mimi no tenía tiempo para extraescolares: necesitaba reunir dinero para devolver a su padre a casa.

—Los ganadores o ganadoras —siguió Wright— recibirán un premio de cincuenta mil dólares.

Mimi casi se cae de su silla. ¡Cincuenta mil pavos! Era una ocasión única en la vida. Podría contratar a un abogado para que se encargase de lo de su padre. Todo volvería a la normalidad. No pudo contener la sonrisa que se le formó en el rostro. Y no pudo concentrarse en nada más. Contó cada segundo hasta que acabó la clase y pudo correr a apuntarse a aquella oportunidad de ganar pasta gansa. Gansa de verdad. De la que podía salvar a su padre.

Se le ocurrieron todo tipo de diseños de robots. Un robot que pudiese traducir cualquier cosa, uno que ayudara a saltar a la comba si no se tenía con quién, ¡o hasta uno que enseñara a bailar salsa!